

LECTADO 5

Mireia López, S1

Navegábamos por un río, en una barca de una medida demasiado pequeña para nuestro tamaño. No sé bien el motivo.

Mi prima postiza iba de rodillas y yo sentada en sus hombros. Íbamos navegando por unas aguas de un color oscuro, muy sucias. Estábamos rodeadas de maleza y rascacielos en llamas y en ruinas, el cielo era de un color anaranjado y apenas se podía contemplar el Sol. Todo era como en una de esas películas mudas, apenas había color y no se sentía ningún ruido. Lo último que las dos queríamos que pasara era que la pequeña barca volcara y tuviéramos que ponernos en contacto con el agua negra, nos daban escalofríos por todo el cuerpo nada más pensarlo. Le dije a mi prima que se estuviera absolutamente quieta, que no quería por nada del mundo que cayéramos.

Pero, desgraciadamente, al cabo de unos instantes la barca se volcó, cayendo así las dos. Sentía por todo mi cuerpo el agua, el aceite por mi pelo, y sentía como me hundía cada vez más y más e iba cayendo como en un agujero negro. Se me agotaba el aire, me ahogaba muy lentamente, mientras veía mi rostro manchado de negro.

De repente, una mano me agarró del pelo y me subió hacía la superficie: era mi prima. Cerré los ojos, estuve un rato pensando, los volví a abrir. Todo estaba igual. Ella me había salvado la vida, aunque me dolía la cabeza del tirón, pero, aun así, cuando miraba al fondo de las aguas, veía mi cuerpo, mi cara, y mi muerte.